



PRÓLOGO: *LUNAE DIES*

Desde el día de la luna negra, el lunes se convirtió en una jornada aciaga para los habitantes de Serra. Superó en desdicha al viernes, día en que nadie osaba contraer nupcias, pues toda la alegría y las risas del viernes se tornarían en lágrimas el domingo, así lo decían las sabias y así lo asumían todos. Aquel lunes, sin embargo, marcó para siempre la llegada de la magia a la tierra, y para muchos coincidió con la victoria del demonio y el inicio de una era oscura.

Los hombres que sobrevivieron a la gran batalla se arrastraban por los callejones en busca de luz, como si la sombra repentina que había oscurecido el sol se hubiera quedado adherida a sus ojos como un velo, impidiéndoles ver con claridad. Al observarlos, recordaban a los espectros de los cuentos de terror narrados frente a la chimenea.

Las mujeres permanecían atrincheradas en sus casas; pesaba sobre ellas la acusación de que sus cuerpos, hechos para el pecado, habían contribuido al advenimiento del Maligno. Si alguna se atrevía a salir, aunque fuera solo para granjearse el favor del panadero por un poco de pan, se arriesgaba a ser tomada por la fuerza y arrastrada a las mazmorras del palacio, allí donde fueron encerradas las Ciudades Perdidas antes de la hoguera, con la que intentaron borrarlas de la faz de la tierra de una vez por todas.

Los más osados patrullaban las encrucijadas: se decía desde siempre que era allí donde se manifestaba el Diablo, en el cruce de cuatro caminos. Tras rociar el centro con agua bendita, aguardaban la aparición con los pies bien plantados en la tierra y palas previamente afiladas en sus manos.

El resto de los ciudadanos de Serra se había entregado a las

correrías y a los asaltos violentos. Derrribaban las puertas con grandes troncos secos que usaban como arietes. Una vez dentro, al grito de: «¡El mundo se acaba!», saqueaban todo lo comestible que encontraban, sobre todo las botellas de vino tinto guardadas en las bodegas y las piezas de queso puestas a secar.

Serra se había vuelto irreconocible, y sus murallas apenas lo graban contener el horror.

Quienes devolvieron el orden a las calles fueron los gendarmes de Roma, armados con mosquetes y largas picas afiladas, enviados, según los informadores de monseñor Tosco, por el mismísimo papa Urbano VIII. Llegaron a caballo en la noche y, en cuestión de horas, obligaron a los ciudadanos de Serra a regresar a sus casas. Al amanecer, eran los únicos ojos abiertos que velaban por la salida del sol.



La causante de semejante revolución no lo pasaba mejor. La muerte de Janara había trastornado los equilibrios de la casa de las Ciudades Perdidas. Tebe parecía haber perdido la templanza que mostraba frente a las dificultades, y la llegada de los poderes había sido, al menos hasta ese momento, un don indeseado que todas habrían devuelto de buena gana al remitente para volver a la vida de antes, si hubieran sabido cómo hacerlo.

Ninguna lograba adivinar el momento en que los poderes se manifestarían, y mucho menos cómo gobernarlos. Además, con el paso del tiempo, parecía que casi se rebelaban contra las propias Ciudades Perdidas. Habían sido regalos preciosos que les salvaron la vida, pero con el paso de los días se estaban convirtiendo cada vez más en una amenaza.

Ade pasaba los días frente a *El libro de los reinos*, convencida de que la respuesta a todo estaba entre esas páginas. En los recuerdos de las habitantes de la Casa aún estaba grabado el momento

en que el viejo recetario de Antalia se había revelado finalmente como el libro de la profecía de Janara, el libro mágico que todos buscaban. Al regresar de la batalla de la luna negra, había ido desplegando sus páginas ante los ojos rebosantes de fascinación de las Ciudades Perdidas, y las letras se fueron reordenando hasta componer un texto que había permanecido indescifrable hasta ese momento. Al principio estaba la carta de Antalia, que confesaba el encantamiento que la había obligado a ocultar su verdadera identidad incluso a sus hijas y las advertía de la llegada de un oscuro enemigo. Sin embargo, tras descubrir su identidad, el libro volvió a ser el viejo recetario de la abuela y todo intento de conseguir que desvelara más secretos había sido inútil. Ade estaba segura de que solo leyendo las páginas ocultas tendría acceso a su propia historia y a la de su madre y, sobre todo, comprendería qué le estaba sucediendo, qué era esa otra dimensión a la que era proyectada de repente, sin que nadie, salvo ella misma, fuera consciente de ello. Ade creía estar en otro lugar mientras las demás la veían simplemente inmóvil, pensativa, soñadora.

No se había confiado ni siquiera a Persepolis. Las Ciudades Perdidas habían recibido poderes visibles que actuaban, para bien o para mal, hacia el exterior. A ella no le ocurría nada de eso. Simplemente se había encontrado en otro lugar sin saber qué hacer... Como Valente, que volvió a ser el niño curioso de antes de la luna negra, sin manifestar la fuerza sobrehumana que había trastocado el orden de las cosas, Ade también permanecía como una incógnita peligrosa, lista para rebelarse y explotar en cualquier momento. Era cuestión de tiempo, lo sabía, un tiempo voraz que todas las noches le recordaba que esto solo era el comienzo.

La puerta de piedra, que Valente empezó a dibujar en la pared de su habitación al día siguiente a la luna negra se estaba

apoderando poco a poco de sus pensamientos. La grieta que la atravesaba se volvía más profunda noche tras noche, casi como si alguien, desde dentro, estuviera presionando para salir.

¿También *El libro de los reinos* tendría la respuesta a ese dibujo? Valente estaba convencido de ello: él mismo se lo había preguntado al libro, y también le había pedido que descubrieran qué era esa extraña melodía que lo despertaba cada mañana y que solo él parecía escuchar.



La única persona capaz de ayudarlas había sido convocada ante el Nogal de Benevento, el lugar donde había sido consagrada al reino de la magia y donde debería regresar al término de su paso terrenal. Janara estaba en paz, su sacrificio había servido para salvar a las Ciudades Perdidas y a la elegida. Su tarea había terminado y, aunque el Nogal la castigara por su acción imprudente, habría valido la pena. Solo tenían que pasar siete días, luego se reuniría con las compañeras de la congregación y con ellas sería la guardiana del árbol para siempre. Desde allí velaría por las Ciudades Perdidas, aunque no podría ayudarlas. La prohibición de inmiscuirse en los reinos estaba grabada a fuego en el Libro Sagrado.



En el reino de los humanos, sin embargo, alguien estaba conspirando en la sombra, listo para salir a la luz.



LA MARCA DEL DIABLO

—El cuerpo de la bruja es un mapa satánico.

Con estas palabras se presentó el médico ostensor enviado directamente por el Santo Oficio para supervisar la apertura del cadáver de Janara. Habían tenido que esperar más de dos días su llegada desde Roma, precedida por la de un mensajero personal del cardenal inquisidor Marzio Oreggi, quien había ordenado que no se procediera al desmembramiento antes de tiempo. Nadie debía atreverse a abrir una ventana al infierno sin la autorización y la vigilancia de la Santa Inquisición.

El cuerpo había sido vendado con paños húmedos y conservado en las bodegas de Settimo Tenace, el tabernero. Todos las consideraban el lugar más frío de Serra, tanto, que allí el vino podía durar siglos sin agriarse, según decía Settimo.

Junto al ostensor llegó también un cirujano, directamente de la Facultad de Medicina, convocado con urgencia para la disección. Era un gran conocedor de la obra de Vesalio, y Pietro había oído hablar de él a menudo en la Academia como uno de los mejores en su campo. Si no hubiera llegado a tiempo, el barbero ya se había ofrecido a ocupar su lugar. Había cortado tantas gargantas hasta ese día y había practicado tanto con la piel de los campesinos cuando se hacían heridas con el arado, que él creía que no habría demasiada diferencia.

Al alba del tercer día, sin embargo, ambos llegaron según lo previsto. Parecía que esta vez nada se había dejado al azar. La disección del cuerpo de Janara se llevaría a cabo a la perfección, considerando todos los aspectos involucrados, sagrados y profanos.

A Pietro se le permitió acercarse al cuerpo durante la retirada de los vendajes. Sus estudios le conferían un papel privilegiado

en aquella ocasión y, a pesar de estar aún conmocionado por los acontecimientos de los últimos días, la curiosidad de ver con sus propios ojos si aquel cuerpo difería de los otros que había estudiado en la Academia, lo obligaba a permanecer en pie, lo suficientemente lúcido como para ir inventariando los órganos que había aprendido a reconocer durante las lecciones.

—Estas bodegas merecen su fama —comentó el cirujano cuando el cuerpo de Janara se presentó desnudo y aún elástico ante sus ojos.

—Luz, por favor —pidió el ostensor, haciendo una señal a Settimo para que dejara acercarse a sus hijos con las antorchas. Estos obedecieron sin necesidad de repetirlo y tomaron posición en los dos extremos de la tabla de madera, alrededor de la que se acomodaron, poco después, todos los presentes. Monseñor Tosco mantenía la mirada baja, tratando de retrasar lo más posible el instante en que tendría que observar el cuerpo desnudo de aquella bruja; le costaría mucho más que un rosario antes de acostarse.

Savelli, obligado por los acontecimientos a posponer aún más su regreso a Roma, no entendía por qué Oreggi había enviado a aquel extraño individuo en lugar de encomendarle a él, como parecía lógico, la tarea de mostrar y validar los signos que vinculaban indisolublemente a aquella mujer con el demonio y, por tanto, con el linaje de la brujería.

El ostensor, encargado de indicar al cirujano dónde y cómo debía cortar el cuerpo, decía llamarse Orfeo, y cuando Savelli le preguntó su apellido, este se limitó a responder que su familia no tenía nombre ni historia.

—Orfeo es el único nombre que me corresponde, Eminencia.

Además de Settimo con sus hijos, también estaba presente Filippo, el fraile que se ocupó de la defensa de la bruja durante el proceso. Había entrado el último en la bodega, tan silencioso

que pocos se habían percatado de su presencia, al menos hasta que hubo suficientes antorchas para iluminar toda la sala. Intercambió una mirada con Pietro, que ya estaba cerca del cadáver, y luego avanzó unos pasos, manteniéndose al margen. Solo su sombra alargada llegó a tocar la madera.

Se hallaba, para completar la larga lista de convocados, uno de los retratistas empleados por Tosco en los frescos de su iglesia. Tenía la delicada tarea de retratar la apertura del cuerpo y los órganos que serían examinados. El último de tantos hombres alrededor del cuerpo de una mujer.

—Antes de que comience con la disección, doctor, dígame si estas cicatrices externas le parecen naturales —preguntó Orfeo, señalando las numerosas marcas que Janara tenía en la piel.

—No hace falta ser médico para entender que son heridas de corte, señor —intervino Pietro, que no quería perder más tiempo.

—Si lo que dice es cierto, mi joven muchacho, esta bruja debió de haber ido a la guerra. ¡En toda mi vida, ni siquiera en el más valiente guerrero, he visto tal número de laceraciones!

—Soy joven, pero mis ojos son lo bastante expertos como para reconocer una sutura mal hecha.

Orfeo arrebató una antorcha de las manos de uno de los hijos de Settimo y la acercó al rostro de Janara.

—¿Y qué me dice de esta?

Pietro observó una cicatriz que nacía en el centro de la mejilla y adquiriría la forma de una extraña telaraña, cuyo entramado llegaba a rozar la parte inferior del ojo izquierdo de la mujer.

—No encuentra explicación, ¿eh? No la reconoce... Bueno, no se preocupe. Yo tampoco. Y esto solo puede significar una cosa: no es de este mundo.

Pietro se quedó mirando fijamente los misteriosos trazos estampados en la piel de Janara y notó que aquella trama intrincada tenía un centro, un minúsculo punto negro del que irradiaba

ban las redes de aquella telaraña. La mujer había sido alcanzada por alguna sustancia que se inoculó en su sangre, infectando todo lo que había a su alrededor.

—Si no hay más preguntas, podemos empezar —concluyó Orfeo, haciendo un gesto al cirujano.

—Estoy listo, déjenme espacio —requirió mientras sacaba de su bolsa lo que parecía una navaja bien afilada.

Se acercó al pecho de Janara e hizo un corte en cruz, justo en medio del pecho. La piel se abrió fácilmente, y cuando obtuvo la amplitud necesaria, el cirujano se ayudó con las manos para ensanchar la abertura, de modo que todos, no solo él, pudieran ver el interior.

—¿Qué opina? —preguntó Orfeo—. Desde aquí parece todo normal.

—Solo puedo confirmar su primera impresión. Los órganos son exactamente como me los habría esperado en una mujer de esta edad.

Savelli y Tosco se movieron al mismo tiempo, como si fueran la misma persona, irritados por aquel aire misterioso que los dos enviados de Roma parecían mantener para no compartir información valiosa con el resto de los presentes.

—¿Qué nos están diciendo? —preguntó Tosco primero.

—¿No es acaso una bruja la que tenemos delante? —continuó Savelli.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —se enojó monseñor Tosco.

Orfeo alzó la mirada y los apaciguó con un gesto teatral. Los tenía en sus manos, pendían de sus labios.

—Díganme —preguntó con énfasis—, ¿cuál es uno de los instrumentos más poderosos del demonio?

Los dos se miraron, luego volvieron la vista al resto de los presentes, que habían permanecido en silencio hasta ese momento. Finalmente, miraron al ostensor y respondieron a la vez:

—El engaño.

—Exacto, el engaño. No hay nadie mejor que él para poner un velo ante nuestros ojos y hacernos ver solo lo que él quiere. Doctor, saque el corazón.

El cirujano no se lo hizo repetir dos veces. Con maestría, extrajo el corazón de Janara y lo colocó sobre la mesa. Luego esperó las instrucciones de Orfeo. Era como ver la representación de un espectáculo que ambos ya habían llevado a todas las cortes del mundo. Se movían con un ritmo perfecto, pausas y golpes de efecto incluidos.

—Secciónelo, rápido. La marca del diablo desaparece al final del tercer día después de la muerte.

El corte fue limpio y preciso. El corazón de Janara se abrió como una manzana y, en ese momento, salió una diminuta serpiente que se deslizó con rapidez y desapareció en la oscuridad de la bodega.

—¡¿Lo han visto?! —gritó Settimo Tenace.

Todos se apartaron de un salto y ahogaron un grito.

—¿Era una serpiente? —preguntó incrédulo monseñor Tosco.

—No es posible, ¿cómo podría una serpiente salir de un corazón humano? —añadió Savelli conmocionado.

Pietro se inclinó y escudriñó bajo la mesa para ver dónde había ido a parar el animal. Lo había visto, estaba seguro. Era una pequeña culebra, de las de campo, nada peligrosa. Pero era real, verdadera. Y parecía haber salido justo en el momento en que el corazón se había abierto en las manos del cirujano.

—¿La ha encontrado, Pietro? —preguntó Filippo dirigiéndose a los únicos ojos en los que podía confiar; también él estaba turbado por aquel espectáculo.

—¿Debo dibujarla de alguna manera? —preguntó el retratista, confundido.

Pietro lo fulminó con la mirada.

—No, ha desaparecido, aquí abajo hay decenas de lugares donde podría esconderse rápidamente. No creo que logremos encontrarla.

—No hace falta hallarla. Ya se habrá convertido en cenizas —explicó Orfeo—. Lo que han visto es la señal del diablo impresa en el corazón de la bruja, esa serpiente la unía a él. Ahora ambos están muertos.

—A mí me ha parecido una simple culebra, de las que veo a menudo en los gallineros de Serra. La verdadera pregunta es cómo logró el cirujano esconderla en la manga de la camisa sin miedo a ser mordido.

—¿Cómo se atreve a acusarme?! —rugió descompuesto el cirujano, dejando caer la bolsa con todos los instrumentos.

Orfeo lo calló con un gesto; luego, con voz calmada y tranquilizadora, se dirigió a Pietro:

—He oído hablar mucho de usted... Me habían advertido que sería un hueso duro de roer, incluso después de todo lo que han visto sus ojos.

Ante estas palabras, Pietro se puso tenso. El recuerdo de aquel día aún estaba vivo, así como la sensación de calor que sintió cuando la sangre de su padre comenzó a deslizarse entre sus dedos mientras hacía presión sobre la herida.

—Lo que he visto es inexplicable, aún estoy buscándole el sentido. Pero eso no significa que esté dispuesto a creer en sus trucos de embaucador. Puede informar a Roma, no me importa. Lo que ha ocurrido en Serra requiere estudio y profundización, no otra carrera hacia la hoguera.

—Esta vez sus libros no lo ayudarán, créame.

—Los míos quizás no, tiene razón, pero estoy seguro de que existen otras bibliotecas, a las que aún no tengo acceso, que me indicarán el camino.

Orfeo levantó los brazos en señal de rendición, pero la sonrisa

burlona que se asomó a sus labios reveló sus verdaderos pensamientos.

—Fraile —continuó señalando a Filippo—, vos fuisteis su último confesor. ¿Podéis darnos alguna indicación útil?

Al ser interpelado, Filippo abrió su cuadernillo y lo hojeó rápidamente. Se detuvo poco antes del final.

—Aquí está. Esta es la página de aquella noche; la noche antes de la luna negra. La mujer dice llamarse Janara, no quiso confesarse y no comió, como las demás. Sin embargo, es la única que nunca cerró los ojos. Parecía no sentir cansancio ni sueño. Si puedo añadir una consideración personal, no tuve la más mínima impresión de que estuvieran tramando algo. Esas mujeres estaban seguras de que morirían al día siguiente.

Al pensar en Ade y en aquel maldito día, Pietro se metió instintivamente las manos en los bolsillos para evitar verlas, para huir de la tentación de comprobar por enésima vez que ni una gota de la sangre de Sante le hubiera quedado bajo las uñas. Le parecía que, cuanto más las lavaba, más rojos permanecían aquellos dedos, recordándole para siempre su culpa: no haber creído en las palabras de su padre.

—¿Qué debemos hacer con el cuerpo de esta mujer? —preguntó impaciente Savelli.

—¡Bruja! ¡Con esta bruja, querrá decir! —lo corrigió Tosco.

—Mujer... Bruja... Hay poca diferencia —intervino Orfeo—. Toda mujer es potencialmente una bruja. ¿No vienen acaso de la costilla de Adán? ¿Han visto alguna vez una costilla, señores? Yo sí. Es un hueso particular, un hueso curvado hacia el interior. Un hueso que parece apuntar contra el pecho del hombre, listo para herirlo, para perforarlo de muerte. Las mujeres son una amenaza desde su creación.

—Quemémosla, reduzcamos a polvo estos huesos —sentenció Tosco.

—¿Ya han terminado? —preguntó Savelli.

—Sí, tengo todos los elementos que necesito. Solo hace falta que el retratista me haga un dibujo detallado de la cicatriz en la mejilla, luego es toda suya. Pueden hacer con ella lo que quieran.

* * *

Pietro salió corriendo de la bodega, el olor acre de los barriles y la humedad empezaban a nublarle la mente. Recorrió el camino desde la taberna hasta su casa respirando a pleno pulmón, deteniéndose de vez en cuando para recibir las condolencias de quienes no habían podido entrar en la iglesia el día del funeral de su padre. El templo estaba tan abarrotado que se temía que el suelo pudiera ceder durante la homilía de Tosco. Toda Serra había acudido a rendir homenaje a Sante, a pesar del terror de que lo ocurrido el día de la luna negra pudiera repetirse.

—Tu padre nos hará mucha falta, sobre todo en estos tiempos oscuros —le decían, reteniéndolo por el brazo.

—Ahora te toca a ti protegernos, Pietro —añadían cuando ya estaba a unos pasos de ellos, como si temieran decírselo mirándolo a los ojos.

Él seguía adelante sin responder, sin tranquilizarlos. Entonces las voces se hacían más insistentes, se sobreponían las unas a las otras de forma ininterrumpida y le gritaban todo su terror.

—¡Esas brujas volverán!

—¡Debemos prepararnos!

Le señalaban los retratos que alguien había colgado en las paredes de las casas: eran los rostros de las brujas que habían ascendido al cielo durante la luna negra, con los ojos desorbitados, los brazos abiertos, en una formación espantosa e incomprensible. Entre ellos, Pietro vio los ojos oscuros de Ade, con una expresión sombría que no reconoció. La mano anónima que había trazado su rostro había enfatizado las cejas espesas y desorde-

nadas, insistido en el surco fruncido de la frente, diseminado el largo cabello por toda la superficie del papel, una aureola amenazante movida por una fuerza invisible y, finalmente, había coloreado de rojo sangre los labios carnosos; esos labios que Pietro recordaba de un color rosa suave.

Después de haberlo obligado a detenerse, los ciudadanos de Serra permanecían a la espera de un gesto o una palabra capaz de convencerlos de que él, el hijo de Sante, los salvaría del infierno. Pietro habría querido gritar que no había nada que él pudiera hacer, que no tenía respuestas ni soluciones; solo sentía unas enormes ganas de huir lejos de Serra, de volver al tiempo en que observaba el mundo con las únicas herramientas que creía posibles: sus ojos, su mente y sus libros.

Los únicos que permanecían en silencio, en la ciudad aturdida por la muerte de Sante y la aparición de las brujas, eran los gendarmes enviados para restablecer el orden en Serra. Se apostaban en las esquinas de las calles, inmóviles como estatuas. Nadie los había visto nunca hablar, ni tan siquiera secarse el sudor. Llegaron el día después de la luna negra y se decía que habían sido enviados directamente por la Santa Inquisición. Eran el ejército privado del inquisidor mayor. Aunque su presencia había calmado los ánimos más alborotados, gran parte de la población de Serra seguía confiando únicamente en la Compañía de los benandanti, los únicos que habían previsto el ataque de las brujas, esa especie de apocalipsis espantoso.

—Todo empezó con ella.

Pietro conocía desde siempre a la mujer que había pronunciado esa frase. Podía decirse que era una amiga de su madre, en un lugar donde la amistad se consideraba un bien superfluo y desconocido. Hablaba poco, rara vez mostraba sus sentimientos y consideraba las acciones más importantes que cualquier discurso. Era una de esas mujeres que, si necesitabas ayuda, te

la encontrabas detrás de la puerta antes de que ni siquiera te hubieras planteado pedírsela. Fue ella quien, el día del funeral de Agnese, se ocupó de preparar la comida para todos ellos, sin esperar ni un solo «gracias» como compensación.

Fue ella también quien sacó a Pietro de sus pensamientos, y lo hizo casi con un susurro. La suya no era una acusación a gritos, ni una proclama para el pequeño grupo que se había formado alrededor del hijo de Sante. Señalando solo a una, la mujer había dado voz al pensamiento de toda Serra. Para detenerlas a todas, bastaba con detenerla a ella: Ade.

Pietro acercó la mano al dibujo y, cuando lo rozó, algo de pintura le manchó los dedos. Se miró la yema teñida de rojo y, por instinto, intentó limpiársela en la camisa. Aquel rojo no parecía que fuera a desaparecer.

—El beso de la bruja... —oyó decir a sus espaldas.

—Una maldición.

Pietro volvió al retrato, y con un gesto fulminante, lo arrancó con violencia de la pared. El amor había dejado paso al odio y al rencor. Ade le había mentido sobre la magia y, probablemente, sobre todo lo demás, incluso sobre sus sentimientos hacia él.

Al llegar frente a su casa, encontró a Cesare esperándolo. Por el color amoratado de su rostro, debía de haber vuelto hacia poco de la Guarida. Pietro lo imaginó dando puñetazos y patadas al muñeco que usaban para entrenarse, perdiendo el aliento con un chapuzón en el manantial, y volviendo a desahogarse, para no tener que pensar que le habían negado el acceso a la disección del cadáver de la bruja. Sus músculos aún estaban hinchados y su respiración debía de haberse calmado hacia poco.

—Habéis terminado pronto —dijo.

—No había mucho que ver.

—¿Se encontraron las marcas? ¿Dónde estaban, cerca del pecho o entre los muslos?

Pietro no respondió y abrió la puerta para entrar. Cesare lo siguió, cerrando la puerta tras de sí.

—Tu padre ya estaría en la plaza preparando la cacería, lo sabes, ¿verdad? —lo increpó.

—Yo no soy mi padre.

—Esta es la única vez que estamos de acuerdo en algo. ¿Dónde están tus hermanas?

—Se marcharon esta mañana.

—¿Volverán?

Pietro tardó un momento en responder: la idea de tener a sus hermanas lejos y quedarse como único habitante de la casa, donde habían vivido todos juntos, lo hacía sentirse aún más solo en el mundo.

—Les dije que se mantuvieran alejadas de Serra por un tiempo, pero no sé cuánto durará. Sabes mejor que yo lo difícil que es decirles a mis hermanas lo que deben hacer...

Cesare no pudo contener una sonrisa.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, no seré yo quien te eche. Mi padre te eligió como hijo; no puedo decir que me sienta tu hermano, pero no quiero ser tu enemigo. Así que, si quieres, esta sigue siendo tu casa —añadió Pietro.

—Los demás están esperando el discurso de tu nombramiento...

—Lo sé. Dadme una noche más, mañana estaré listo.

Dicho esto, Pietro se dirigió hacia el dormitorio de Sante, que desde hacía pocos días se había convertido en el suyo.

—Una última cosa, Pietro...

Pietro se detuvo en el umbral sin volverse.

—Antes de morir, Sante señaló a esa bruja, Ade... ¿Qué te dijo?

—Que ella es el principio y el fin de todo.